

EL BARCO



DE VAPOR

Palabras caracola

Mónica Rodríguez

Ilustraciones de Javier Loygorri



www.literaturasm.com



1 Garabatos

LUCÍA tenía unos ojos de cometa que echaban a volar al menor descuido. Soñaban con el cielo, con la playa, con el gigante del mar que arrastra sus pies por la orilla. Así que el día que Lucía llegó a la playa de las caracolas, el corazón despegó de su pecho lleno de asombro. ¡Había cientos de conchas por todos lados! El mar hacía un ruido de animal dormido. Estaba anocheciendo. Aún no se habían bajado del coche.

–¡Qué bonito, papá! –dijo la niña.

El mar atravesaba la ventanilla con su olor salado y pegajoso.

El padre sonrió.

–Cuando yo tenía tu edad, venía aquí cada atardecer con tu abuelo...

Al fondo, el horizonte perdía sus últimos colores. El sol ya había desaparecido, pero dejaba rastro de luz sobre el mar. «Garabatos», pensó Lucía.

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Ilustraciones: Javier Loygorri

© del texto: Mónica Rodríguez Suárez, 2011
© de las ilustraciones: Javier Loygorri, 2011
© Ediciones SM, 2011
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-5113-6
Depósito legal: M-29287-2011
Impreso en la UE / Printed in EU

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

–Garabatos –dijo en voz alta, porque aquella palabra le gustaba.

–¿Qué?

–Garabatos de luz. Allá, en el cielo.

El padre se rio mientras arrancaba el coche.

–Después nos acercaremos a la playa con el abuelo –dijo–. Aunque sea de noche.

El corazón de Lucía volvió a trotar.

«Ahora vengo», le dijo a la playa mentalmente.

La miró de nuevo mientras el coche avanzaba. Sus ojos se llenaron de arena, de mar, de garabatos...

Y, entonces, la vio. Era apenas una sombra en un extremo de la playa. Un bulto encogido sobre sí mismo que fue desplegándose lentamente como un bostezo de mar. La figura tomó forma de mujer. De anciana, más bien, inclinada, con las ropas voladas por el viento y los pies descalzos. El mar se acurrucaba en sus plantas. Tenía el pelo completamente blanco y despeinado. En las manos, un objeto aún húmedo de mar. La figura fue haciéndose cada vez más pequeña a medida que el coche avanzaba, hasta que desapareció en la primera curva del camino.

